Прочитайте текст и выполните задания 12–18. В каждом задании укажите цифру 1, 2, 3 или 4, соответствующую выбранному вами варианту ответа.

Mi niñera

Piedad era una joven de estatura mediana, robusta sin llegar a ser gorda, un cuerpo redondo de carne dura, tanto que jamás acerté a darle un buen pellizco. Ella sí me pellizcaba, jugando, para hacerme rabiar, pero luego me besaba, me daba cientos de besos en la frente, en las mejillas, besos sonoros y dulces, nadie nunca me ha besado tanto como ella. Sé que cuando yo nací todavía no había empezado a trabajar para mis padres, pero apenas conservo recuerdos de mi infancia en los que no esté ella.

Piedad me despertaba, me vestía y me peinaba, me daba de desayunar y me hacía el bocadillo para el recreo antes de llevarme al colegio. A la salida, me estaba esperando con la merienda y me llevaba al parque. Luego me quitaba el uniforme y me daba lápices para que dibujara mientras ella terminaba de planchar, repartiendo su atención entre el trabajo y los consultorios sentimentales de la radio, siempre encendido.

Piedad me bañaba y cenaba conmigo, me obligaba a lavarme los dientes y me arrastraba hasta la cama, se sentaba en el borde a contarme unos cuentos muy raros de pastores y ovejas, en los que no había princesas ni niños, solo mozos y mozas que comían pan con tocino. Las brujas no tenían poderes, pero eran muy malas, y no había hadas, por eso los buenos perdían siempre, pero a pesar de todo, a mí me encantaban esos cuentos, porque nadie nunca me contó otros.

En aquella época, mis amigas y yo dedicábamos el recreo a perseguirnos por el patio. La regla principal del juego establecía lugares seguros, «refugios» para cada jugadora donde se podía **ponerse a salvo.** Al llegar a cualquiera de esos puntos —una columna, un tramo de la pared o un barrote de la verja — gritábamos ¡casa!, y entonces yo siempre pensaba en Piedad, porque eso era Piedad para mí, un lugar en el que ningún enemigo me capturaría jamás, un castillo blando y caliente, unos labios que siempre me besarían, unos brazos que nunca dejarían de abrazarme, cuando yo me portaba bien y cuando me portaba mal. Piedad era ¡casa!, era mi casa, y era el mundo.

En ese pequeño país — un vestíbulo de servicio, una cocina, un dormitorio diminuto, una bañera cuyo tamaño alcanzaba solo la cuarta parte de la superficie de las restantes bañeras de nuestra casa — transcurrió una infancia muy feliz, los años más plácidos y emocionantes de mi vida. Piedad me quería, me cuidaba, y siempre — tal vez porque era muy joven — se las arreglaba para divertirse mientras lo hacía, y yo me divertía con ella.

También sabía ser severa, pero ningún reproche logró disminuir la infinita confianza que me inspiraba, esa seguridad que me impulsaba a gritar su nombre (y no el de mi madre) cuando tenía pesadillas por la noche. Para dormir tranquilos, mis padres me trasladaron al dormitorio de Piedad, la única persona que creía en mi miedo, la única dispuesta a levantarse de madrugada y combatir con caricias a los monstruos que me torturaban y que nunca más volverían a visitarme.

Todos los niños que yo conocía — mis primos, mis compañeras del colegio — tenían una sola madre que podía «dividirse» en dos seres distintos con nombres distintos — «mi madre» y «mamá». «Mi madre» era la autoridad, la señora que tomaba las decisiones importantes, regañaba y reñía. Pero cuando un niño tenía fiebre, cuando lloraba o rompía su juguete favorito, «la madre» se convertía enseguida en «mamá», una especie de hada doméstica con poderes suficientes para resolver la mitad de los problemas y hacer soportable la otra mitad. En la vida de todos los niños una sola mujer bastaba para representar ambos papeles, pero en la mía había dos. Doña Carmen era «mi madre». Piedad era mi «mamá»...

La niña creía que todas las madres que ella conocía...

1. ...sabían ser estrictas y afectuosas al mismo tiempo.
2. ...tenían unos poderes mágicos como las hadas de cuento.
3. ...eran muy autoritarias y severas con sus hijos.
4. ...eran igual de buenas y dulces que su querida Piedad.